

Ocho leños para un fuego

Carlos
Dotro

*Relatos sobre
visiones extraordinarias*



Ocho leños para un fuego

Carlos
Dotro

*Relatos sobre
visiones extraordinarias*



Índice

De su silueta recortada sobre el brillo de la luna.....	9
De don Quirónico, melancolías de un camionero centauro.....	23
Del fantasma del albañil en la secundaria 4.....	29
Del regreso de la pelirroja y sus pantalones Oxford.....	41
De la que llora con su pelo al viento.....	53
De la bruja renga del monte del valle.....	65
De ocho leños para un fuego.....	77
De un ramillete de promesas.....	91

De su silueta recortada sobre el brillo de la luna

“Cuando éramos pequeñas, mis hermanas y yo, solíamos jugar con unas nenas vecinas que vivían al lado de nuestra casa. Las nenas eran muy buenas y generosas, pero mucho más pobres que nosotras. Entonces les prestábamos nuestros juguetes, les regalábamos vestidos que ya no usábamos y a la hora de la merienda mi mamá preparaba galletas y algunos sándwiches de más para compartirles. Los fondos de su casa se separaban de los de la nuestra por un alambre tejido bien fuerte que había puesto mi papá cuando nos mudamos a ese barrio. Una noche sentimos ruido entre los tachos y las plantas del jardín. Mi papá se asomó y se encontró con un animal enorme, algo parecido a un perro pero del tamaño de un hombre que, por momentos, revolvía parado en dos patas la basura de los tachos. Mi papá le gritó desde la casa y le tiró unos cascotes para que se fuera. El animal huyó como un rayo atravesando el alambre tejido como si no hubiera nada. ‘No hay que dejar más basura en el jardín’, dijo mi papá, y se encargó de sacarla a la vereda cada noche. Al otro día, entre juegos, se

lo contamos a las nenas vecinas; ellas se miraron serias. La mayor tomó la palabra, sin dejar de revolver con un palo el barro que tenía en un balde de plástico, y contó que ellas están acostumbradas a ver ese animal, que hay noches que su papá las encierra junto a su mamá en un cuarto y les ordena no salir hasta el otro día. Él hace lo mismo en otro cuarto. Al amanecer, la madre entra sola al cuarto donde se quedó el padre y encuentra todo arañado y roto, y a él tirado, como agotado, sobre el colchón de la cama. La noche que las chicas de al lado nos contaron eso, mi papá sacó la basura a la vereda y se encontró al vecino fumando bajo la sombra de un árbol. Se saludaron a la distancia y el papá de las nenas se le acercó. ‘Oiga, vecino, con todo respeto, déjeme decirle algo. La otra noche vío un perro grande haciendo lío en el fondo de su casa y usted le tiró piedras. No lo haga más. Déjelo solo. Va a ver que no le va a hacer daño si no se le acerca’. Después revoleó lo que le quedaba de cigarro encendido y se metió en su casa...”

Mi alumna me contó su anécdota con un tono y una precisión que me crispó la piel. Le pregunté si esa familia seguía siendo su vecina. Me respondió que no, que ya hacía tiempo que se habían mudado a otra provincia y que extrañaba un poco a esas nenas.

Desde que Licaón, rey de Arcadia, osó desafiar a Zeus profanando el sagrado deber de la hospitalidad al ofrecerle carne humana como alimento, y el dios, sin vacilar, lo castigó transformándolo en lobo y arrasando su reino,

comenzaron a multiplicarse los relatos de metamorfosis que, aunque simbólicos, daban cuenta del costado más salvaje y primitivo que habita en todo hombre y en toda mujer.

Mi alumna, convencida de lo que me contaba, abría sus ojos como secuestrada por la hipnosis de su misma historia. A mí, por el contrario, sólo me salió decirle de la forma más idiota: “qué loco, ¿no?”.

En el siglo XVIII, en los bosques al sur de Francia, un enorme lobo asolaba una aldea de campesinos atacando animales y hasta a algunos pastores del lugar. Un duque que se hacía cargo del poblado ofreció una recompensa de mucho dinero a aquel que se atreviera a buscar al animal, le diera muerte y le trajera una pata de la bestia en señal de su victoria. Cuentan que un aguerrido cazador se hizo presente ante el duque y aceptó el desafío. El hombre se internó en aquellos bosques oscuros y recubiertos de neblina a la búsqueda del lobo que le permitiría volverse rico de un día para el otro. Dicen que pasó varias horas rondando por el lugar intentando captar ruidos o algún indicio de su presa acechando. A mitad de la madrugada, un aullido de la naturaleza de un trueno y una sombra eterna, interminable, se le fueron encima como volando por los aires. El cazador tuvo una pelea terrible, descarnada, contra ese animal de dimensiones fantásticas, una contienda que le pareció que duró toda la noche.

Recién cuando la culata de su rifle le dio de lleno en la frente a la bestia, dejándola sin sentido, pudo recuperar

el ritmo de su respiración. El lobo, inmenso, del tamaño de un ser humano, yacía recostado sobre la hierba. Como prueba de su triunfo, le cortó una pata y la metió en una bolsa de tela que colgaba de su cintura. Al llegar a la aldea se fue directo al palacio del duque. Los pobladores lo rodeaban desbordados de curiosidad y misterio. Ante el duque, el cazador alzó la bolsa de tela y le anunció que el animal jamás volvería a azolar la aldea. Con enorme expectativa, el cazador abrió la bolsa. Sin embargo, de su interior no sacó la pata del lobo que todos esperaban sino una mano de mujer. Ante la sorpresa, el cazador miró a todos sin que pudiera dar explicación de lo ocurrido. El duque, por su parte, se sintió atraído por esa mano. Se acercó y la husmeó con detalle; al limpiar la sangre que tenía entre los dedos descubrió un precioso anillo de rubí en el dedo anular. Alterado en sus sentidos, el duque gritó hasta casi rasgar sus vestiduras y corrió hacia los aposentos de la duquesa. Todos lo siguieron por detrás, incluso el cazador. Al abrir las puertas del aposento, se encontraron con la duquesa acostada en su cama, aullando de dolor, bañada en sangre, mutilada de su mano derecha.

Alguna vez, andando de mochilero por las rutas nocturnas del litoral argentino, me acerqué a un fogón amigable de unos cuatro o cinco hombres que bebían vino tinto al calor del fuego. Amistosamente, me invitaron a unos tragos y a responder de dónde era y qué hacía por esos lados. A unos treinta metros, la choza de uno de

ellos estaba bastante bien iluminada con algunas lamparitas colgadas de sus cables. Pero más allá, por detrás, crecía el campo y el monte, con una cama paraguaya colgada entre dos árboles, desolada entre las sombras. En un momento, la cama comenzó a moverse en un extraño vaivén, como si alguien se le hubiera subido repentinamente. Los hombres se miraron y no le dieron mayor importancia. “Otra vez el lobisón se te subió a la hamaca...”, largó uno. “Sí, ya me tiene repodrido ese bicho...”, le contestó otro, “después a la mañana me deja la hamaca llena de pelos y con un olor insoportable”. Yo alcé la vista para verlo mejor a la distancia. Se veían unas patas muy finas sobresalir por una punta y los triángulos oscuros de sus orejas por la otra. “Para mí es un aguará guazú...”, opiné. Los tipos empezaron a mirarse y a reírse con ganas por lo que dije. “Andá, acercate...”, me desafiaron, “ahí hay unos huesos, llevale uno”. No quise acobardarme y me fui acercando apenas unos metros. Ellos miraban cómo me alejaba del fogón. De todos modos, yo bien sabía que no iba a ir demasiado lejos. Un tanto, sólo para impresionarlos. Por suerte, lo que fuera que estaba sobre la hamaca, escuchó ruido y saltó, perdiéndose en el monte. Me di vuelta, sonriéndoles a los hombres. “Se jué...”, exclamó uno. “¿Viste cómo se bajó?”, me dijo otro cuando me acerqué, “¿ha visto...?”. Asentí con la cabeza. Tenía que reconocerlo. Cuando esa cosa se bajó de la hamaca paraguaya, no lo hizo como un animal asustado, sino con la lenta prudencia de un ser humano que busca huir sin ser notado. Su aspecto era animal.

Ante la generosa hospitalidad de esos hombres que me dieron comida, bebida y un rincón donde pasar la noche, traté de corresponderles con una historia del mismo tenor que sirviera como agradecimiento.

Una vez, hace mucho tiempo, un compañero de la facultad que daba clases en un colegio primario me contó un relato de lo más intrigante:

Una tarde de fina llovizna, sus alumnos estaban tan inquietos que no lograba que se concentraran, ni por un momento, en sus tareas. Eran chicos de alrededor de diez u once años, que saltaban y gritaban descontrolados sobre los harapos de su clase sin remedios. El caos pareció aflojar apenas cuando el profesor decidió reunirlos frente al pizarrón para contarles algunas trasnochadas historias. Resultó. Hasta el más desbocado demostró un mutismo, entre curioso y respetuoso, que le agrandaba los ojos en sus órbitas. “¡Que todas las clases sean como esta!”, remató uno de ellos cuando sonó el timbre del recreo. Y bien. Ninguna clase volvió a ser como aquella. Sin embargo, una tarde, semanas después, el más introvertido de sus alumnos lo corrió por el pasillo antes de que se fuera del colegio. “Profe, ¿se acuerda de las historias?”, le preguntó. El profesor le dijo que sí, sin saber a qué apuntaba la pregunta. “Tengo algo que decirle...”, y miró hacia todos lados para asegurarse de que no escuchara nadie, “el portero es lobisón...”. El profesor lo miró sorprendido. Luego se largó a reír. El portero era un hombre mayor al que siempre lo veía abrir y cerrar

las rejas del frente del colegio. Era una persona tan circunspecta que uno debía hacer un esfuerzo por recordarlo. Muy poco sociable, pero muy respetuoso, saludaba al resto del personal inclinando levemente su cabeza. Cuando se acercaba a algunos de los chicos, les acariciaba sus cabezas con un tímido afecto. “Pobre, ¿no?”, continuó su alumno, “es que le pasó otro lobisón por entre las patas...”. “¿Qué estás diciendo?”, lo reprendió el profesor, “don..., don..., bueno, cómo se llame, no me acuerdo el nombre, es un tipo de lo más normal...”. Pero su alumno no se dejó amedrentar. “¡Ah, sí! Ahora de día...”, contestó, con orgullo, “¡véalo cuando haya luna llena, y lo verá hecho lobo por los potreros! ¡Va a ver!”. Con una leve palmeada sobre su hombro, el profesor lo incitó a disfrutar de los últimos minutos del recreo. Su tiempo contado, entre colegio y colegio, no le permitió extender más el diálogo. Al día siguiente, cuando el portero le abrió cordialmente las rejas de entrada le fue inevitable inspeccionarlo con una mirada disimulada al pasar; luego se avergonzó por ello. Al entrar, descubrió por detrás de una columna la mirada inquisitiva de su alumno confesor como interrogándolo sobre el tema. El profesor lo llamó y se sintió en el compromiso de explicarle que, en aquella oportunidad, le había contado historias a él y a sus compañeros para entretenerlos y no para obsesionarlos. “¿Obsesio... qué? ¿Qué es eso?”, le preguntó su alumno, “Lo de don Braulio lo sabemos un montón...”. “¿Un montón?”. “Sí, mire, Pérez, Domínguez, Taranti, Especefuoco...”, comenzó a enumerar, “hasta la señorita

Rita...”. “¿La señorita Rita?, ¿cuál es?”. “La Rita, la bigotuda...”, dijo, y salió corriendo a mendigarle a una compañera que llevaba un sándwich de mortadela. El profesor se quedó molesto, más que perplejo. No podía creer que una docente se prestara a denigrar así a un auxiliar ante sus alumnos por una simple leyenda. Preguntó por ella en la sala de maestras. Le indicaron que Rita era la encargada de la biblioteca de la escuela. Entre alumnos y libros de lecturas, la encontró y comprobó su alto grado de pilosidad cutánea: tupida cabellera, cejas pobladas y unidas, y con una leve sombra por debajo de la nariz. Le habló al profesor con un evidente acento paisano de tono grave. “Usted es el profesor nuevo, ¿no?”, dijo, sin dejar de acomodar libros en los estantes. “Sí. Usted es la señorita Rita, mucho gusto, pero quería preguntarle algo en particular, ¿cuál es la razón para decirles a los alumnos que el portero es lobisón?”. “¿Don Braulio?”. “Así es. Me parece de lo más irrespetuoso, no da para chiste...”. “Si acá todos lo saben...”. “¿Todos quiénes?”. “¡Todos!”. Dentro de su asombro, el profesor tomó fuerzas para subrayarle que no estaba nada bien incentivar la fantasía en los alumnos señalando como poseedores de condenas de leyendas a gente conocida por todos. “¿Usted me está cargando?”, lo desafió Rita, con firmeza, “le dije que acá todos lo saben...”. “¿Quiénes son todos?”. “Todo el barrio, ¡y se acabó el tema!”. Para su mayor confusión todavía, las fronteras del caso se extendían hasta los mismos límites de la comunidad que rodeaba al colegio. El profesor comenzó a mirar a don Braulio con otros ojos,

aunque sin dejar de sentir algo de culpa. El portero tan sólo inclinaba su cabeza para las buenas tardes. Hasta el momento, había sido alguien de tanta indiferencia que apenas formaba parte del paisaje escolar. De ahí en más, el profesor se retiraba del colegio con la jornada cumplida, pero preguntándose qué habría de cierto en ese rumor generalizado. Buscaba, cuando la oportunidad se lo permitía, huellas en su rostro de amarga existencia; sin embargo, sus gestos eran tan atentamente medidos que no despertaban la menor sospecha. El profesor ya iba al colegio con la única motivación de cruzarse con él, más allá de sus clases, y analizar con minuciosidad la brevedad de sus saludos. Una tarde, se excedió tanto en cruzarlo una y otra vez, a lo largo del patio, que hasta al mismo portero le llamó la atención. “Escúcheme, profesor, ¿qué es lo que busca? Tal vez pueda ayudarlo...”, sonrió don Braulio, y su sonrisa fue tomada como un permiso solidario hacia la ansiosa inquietud. “Esta noche habrá luna llena...”, le disparó el profesor, con agitada audacia y sin ni siquiera pensarlo. “Es probable...”, contestó el portero, sin sorpresas, “los vecinos ya están avisados”. Luego de un instante de silencio, tomó su escoba y se marchó. El docente no podía salir de su asombro por la confiada naturalidad con que el portero respondió a su comentario. Al día siguiente, la agitación de los alumnos giraba en torno a difundir una primicia escandalosa. “Profe...”, lo llamó su alumno confesor, “el padre de Pérez le dio anoche al lobizón un tiro con el rifle...”. “¿Al lobisón?, ¿estás seguro?”. “Sí, segurísimo,”

se besó el índice dos veces en forma de cruz, “le dio en una pata, rengueando se rajó”. Dejó sus cosas sobre el escritorio y corrió a encontrarse con don Braulio. Nadie sabía decirle dónde encontrarlo. Nadie lo había visto aquella tarde. Cuando ya pensaba en concluir el asunto tal como se lo habían contado, alguien le lanzó un dato. “¿don Braulio? Está limpiando el baño de los profesores...”. El profesor llegó hasta el baño, y por un pasillo visualizó el balde rojo que el portero utilizaba para baldear. Don Braulio, de espaldas, refregaba enérgicamente la escoba contra el piso. “Don Braulio...”, lo llamó. El portero giró, y ofreció una amplia sonrisa. Se encontraba en perfectas condiciones y movía sus brazos y piernas sin dificultad alguna. “¡Qué desgracia la de anoche!”, comentó, “le fueron a dar justo en una patita. No creo que aparezca por estos días”. Tomó su balde y continuó su higiénica tarea por los pasillos del patio. “Sólo una leyenda de barrio...”, expresó el profesor para decir algo, y con satisfacción se dirigió a su clase. Antes de llegar al aula se detuvo en la biblioteca para buscar un libro de gramática castellana. Con el ímpetu de sentir terminada una cuestión que lo había tenido realmente contrariado, entró por los pasillos llevándose a alguien por delante. Un alarido le congeló el cuerpo. “¡Fíjese por dónde camina, por favor...!” le increpó Rita, entre un fastidio lacerante y evidente dolor. La señorita Rita aceleró sus pasos hacia la dirección para pedir licencia por unos días. Se tomaba de uno de sus brazos como si llevara una antorcha ardiendo desde su

base. Una venda manchada con sangre seca se le descubría debajo de una manga.

Todo el colegio la vio retirarse, como huyendo de un fantasma.

Cuando terminé la historia, algunos me miraron con gestos de interés y otros se quedaron algo pensativos. Sin ningún tipo de alarde, se despidieron a los abrazos. Sólo quedamos el dueño del rancho y yo; apagamos el fogón echándole agua.

—Todavía no estás convencido, ¿no? —me largó el tipo.

Mi rostro expresó mis dudas.

—Vení, vamos hasta el monte ahí nomás, a ver si lo vemos... —me dijo.

—¿Si vemos a quién? —le pregunté, alarmado.

—Al aguará guazú... —sonrió él.

Fuimos caminando con cierta cautela hacia la arboleda y pasamos por un costado de la hamaca paraguaya; comprobé que tenía pequeñas matas de pelo fino y suave.

Una vez en el monte, caminamos con el paisano, sólo alumbrados por una luna amable y potente. Hacia el frente, se levantaba un montículo de tierra como si se tratara de una pequeña sierra aislada en el paisaje. El hombre miró directo a la cima.

—Ahí lo tenés... —me dijo, y levanté la vista.

En el borde de la cima, su silueta oscura se recortaba en el halo de la luna. Creo que, desde las alturas, nos vio venir.

—Ahora se escapa... —dije.

—O lo que es peor... —agregó el paisano—, que se nos venga encima...

Hubo un instante de quietud donde nosotros lo mirábamos fijo y él parecía mirarnos a nosotros con cierta discreción, o bien en aviso de amenaza.

—Preparate —me ordenó el hombre—, se nos va a venir encima...

—¿Encima? —vacilé, nervioso—, ¿y nosotros corremos?

—Ni loco —respondió—, apenas se nos venga nos tiramos al piso porque si nos pasa entre las patas nos hereda la condena...

El pueblerino ni llegó a terminar de decirlo cuando el lobisón bajó a toda carrera del montículo de la luna directo a nosotros.

—¡Tírate! —gritó el paisano. Y nos tiramos boca abajo al pasto.

El lobisón pareció seguirnos de largo, rodearnos en su carrera y después acercarse muy despacio a mí para olernos. No levanté la cabeza, pero llegué a ver que al correr lo hacía sobre sus patas traseras y con las delanteras recogidas al pecho. Lo sentí husmearme la cabeza en un aliento caliente y fétido. Traté de no moverme. Al rato, pareció aburrirse de tener ese cuerpo inerte sobre el suelo y emprendió la marcha como a los saltos. Al paisano ni siquiera se le acercó.

—Está acostumbrado a mi olor —me confesó después—. Ya olió demasiado mis cosas y sobre todo mi hamaca...

Cuando pasó un tiempo prudencial, nos levantamos y nos fuimos al rancho. No se lo vio más por ningún lado.

—Ahora va a tardar en aparecer... —dijo el hombre—. Se sintió muy mirado esta vez...

Le pregunté si sabían de quién se trataba.

Me respondió que no con exactitud, pero que tienen una leve sospecha de quien se convierte cada tanto con la luna llena.

—Hay un tipo que se mudó hace un tiempo con su mujer y sus hijas pasando la loma. Sabemos que en estas noches las encierra en una pieza para salir a hacer sus fechorías...

Hacia el alba, nos dimos un abrazo de despedida y emprendí mi camino.



De don Quirónico, melancolías de un camionero centauro

Los charcos esparcidos por las calles sinuosas siempre estaban predispuestos a adelgazar un tanto su diámetro cuando reconocían su cercanía. Un rebuzno asmático tiraba la primera información de su presencia. Sobre un vaivén cansino y bambolecante ocupaba el espacio casi de vereda a vereda como un aparato monumental, indiferente y recién arribado de una batalla apocalíptica nuclear. Todos entendían de quién se trataba, pero disimulaban lo mejor posible su morbosa curiosidad. Las llantas mordían sin pedir disculpas las diminutas lagunas, quebrándolas como en diferentes porciones de un espejo turbio. Una prominente cuneta de barro acumulado intentaba vengarlos de tanto atrevimiento, pero apenas lograba sacudir un poco un sucio cajón con acelga que llevaba atrás el remolque. Y así desaparecía por una de las esquinas, dejando tras de sí una estela gris y contaminante expulsada por su asmático caño de escape que saturaba el aire. Sólo quedaba la imagen de un torso corpulento y un rostro difuso visto a través de las ventanillas empañadas a causa del aliento agitado o por un invierno más bien húmedo.

En la antigüedad clásica, primitivos pobladores de una comarca griega, Tesalia, eran admirados por sus pares vecinos como brillantes jinetes de impresionante velocidad. A tal extremo la fascinación bordeaba los límites de la desmesura que aseguraban que, en la lejanía, parecía cada individuo mitad hombre y mitad caballo. Los poetas mitológicos los llamaron Centauros. Claro que, por entonces, la tecnología y la mecánica poco eran; es decir, no existían, por ejemplo, camiones de transporte liviano. Si bien por aquellos días, paradójicamente, quizá don Quirónico hubiese gozado de una mayor comprensión.

Sería inútil precisar con exactitud cada suceso que caracterizó un mejor perfil de su historia. Jamás un relato es exacto una vez ocurrido el hecho. Pero los comentarios al respecto suelen entretejer un cuadro que se dispara hacia un sujeto tal: un camionero en las cercanías al Camino General Belgrano que porta una sospecha. Nadie, ninguno, nunca ha tenido la posibilidad de observarlo fuera de su vehículo de trabajo, ni por un momento, a lo largo de los años de su vida. Es así como, mientras él siempre optó por cierta reserva y silencios concretos, una gran mayoría al oeste de Quilmes, cercanías a la avenida Calchaquí, sigue afirmando que no se trataba de otra cosa sino de un legítimo camionero centauro, único en su raza.

Un solo individuo. Mitad hombre, mitad camión de reparto.

Hasta donde se sabe con cierta certeza, don Eduardo Quirónico se domiciliaba por entre las zonas potreriles

que la calle 348 guardaba en sus finales. Sus diversos trabajos le adjudicaron el oficio de changador, disponible para fletes, mudanzas o transporte de cascotes y desechos. Lógicamente, para tales tareas disponía de una muchachada de changarines desocupados del barrio, a la que empleaba para carga y descarga del camión. Entre ellos, supe inmiscuirme alguna vez para una mejor investigación de su caso; desde el interior de su cabina, vi su cabeza semejante a un zapallo con bigotones manubrio negarme decididamente el empleo. Alguien buscó consolarme o burlarse de mí, diciéndome al pasar “no lo culpes, la moderna tecnología abusa más de unos que de otros...”.

Sólo cargaba nafta por las noches y pagaba lo que adeudaba desde su ventanilla sin moverse de su lugar.

Su origen se trataba de algo que lo fastidiaba como una tormenta desprendiendo todos sus rayos. Tanto es así que permanentemente renegó de su apellido paterno presentándose de muy joven con el apellido de su padre adoptivo.

La génesis de su historia o tal vez el chiste más insolvente que inspiró su figura declaraba que un tal señor Benz, chatarrero vecino del Camino, solía tener relaciones clandestinas con una empleada de su agencia automovilística de avenida Calchaquí, una tal Merceditas. Una turbia tarde de llovizna y óxido, la señora de Benz sorprendió a ambos amantes en pleno acto constituyente en el local de su marido. La señora indignada entre viejos automóviles, desmembrados y retorcidos le propinó una extraña y agresiva maldición al resultado de

esa unión encubierta. La chatarrería cerró y meses más tarde Merceditas dio a luz a un ser híbrido, una excentricidad caprichosa de la naturaleza, decían, mitad niño y mitad *karting* a pedales. Aterrada de su propio hijo, que le daba por destruir todas las macetas del patio de su casa, la madre desesperada lo entregó sin remordimientos a un mecánico de la calle 382, quien lo cuidó y protegió durante su infancia y juventud. En agradecimiento, su hijo adoptivo tomaría su apellido. Francamente, estos datos nunca lograron la confianza de una información fidedigna entre sus habituales comentaristas.

Sin embargo, más allá de toda especulación al respecto, nunca se dejó de dar un testimonio concreto por el cual don Quirónico se entregaría de lleno a una vida condenada a la soledad. Una soledad tan sólo mitigada al escuchar unos buenos tangos en la radio o mirar una noche estrellada estacionado en un baldío apartado.

Todos se preguntaban dónde terminaba su cuerpo o dónde comenzaba la máquina, o lo que era más difícil aún indagar: ¿qué todo abarcaba su alma?

Aunque nadie dudaba que su corazón era enteramente humano.

Más todavía cuando se cuenta aquel trágico acontecimiento que ocurrió durante algunos atardeceres de una refrescante primavera de octubre.

Una adolescente, de oscuros ojos inquietos y cabellos entregados a la brisa, tomaba por costumbre correr a don Quirónico cada vez que cruzaba su calle con una flor de jazmín en una mano. Ella buscaba, más que nadie, poder

contemplar por unos segundos esa mirada tan esquiva detrás de la ventanilla. Pero cada vez que él detectaba la imagen de ella por el espejo retrovisor aumentaba su velocidad hasta convertirla en un pequeño punto sobre el horizonte. Una y otra vez, por cada tarde, el intento se volvía a repetir al doblar la esquina ese camión bamboleante y un mismo remate desilusionaba a la joven. Don Quirónico temía en su fuero íntimo un desenlace desubicado si accedía al deseo de la muchacha. Entendía haber padecido demasiado ya en su errática existencia. Aun así, jamás hubiera imaginado que una calle poceada y embarrada de punta a punta, una mala caída sin intenciones y el triste resultado de unas piernas quebradas le darían la posibilidad de un sueño no previsto. Imposibilitada momentáneamente de caminar y con las piernas enyesadas hasta las rodillas, ella se asomaba a su vereda sobre una silla de ruedas para verlo conducir. Don Quirónico comenzó a contemplarla a cuadra y media de distancia. Pasados algunos días, ambos se regalaban sonrisas mutuas al pasar. Un atardecer, él arrimó su camión para extender su brazo por la ventanilla y recibir la flor de jazmín sin antes dejar sellada la promesa de un futuro abrazo a la vista de todos. Don Quirónico no disimulaba su felicidad. Por las noches dibujaba con un dedo en su parabrisas empañado un devenir obsequiado por el reino de los sueños en un corazón atravesado por una flecha.

Un atardecer llegó con un sol rojo rodando hacia el oeste y con la expectativa de los vecinos que proponía la revelación de su antiguo misterio. Por la 348 se oyó

llegar su rebuzne cansino, pero a su vez tan liviano como etéreo en su andar, y así dobló en la 382. Se detuvo frente al domicilio de la muchacha ansiada. Sorprendido, se encontró con una vereda vacía de sillas de ruedas. La vio perfectamente erguida sobre sus piernas, ya recuperadas, perfectamente de pie. Con una flor de jazmín en una mano y una sonrisa celestial, ella se fue arrimando al viejo camión. No obstante, ante la incompreensión de los testigos que observaban la escena, el motor rugió como un puma y el camión se marchó a una velocidad salvaje hasta perderse unas cuantas cuadras más adelante.

Cuentan que un lamento metálico invadió, por momentos, las zonas potreriles hacia los finales de la 348.

En cuanto a ella, supo conocer en su momento un brillante amor un sábado por la noche en un local bailable, un joven apuesto de un barrio de Bernal. La historia apenas le quedó como un latido frágil en la memoria. Quizá, desde un primer momento, don Quirónico lo había previsto. Lo último que se supo de sus recorridos fue que tenía intenciones de inaugurar una verdulería ambulante con algunos changarines del barrio.

Unos cuantos clavos envenenados terminaron con su vida y se lo encontró desbarrancado en una cuneta de la Ruta 2.

En nuestros días, su corazón se vende por chatarra en un depósito abandonado sobre el Camino General Belgrano, cerca de la vieja Rotonda de Pasco.

